

**LA CUENTA,
POR FAVOR:
CERVEZA-FICCIÓN
Y OTRAS
COSTUMBRES
EN LA
NARRATIVA ACTUAL
VENEZOLANA**

Mario Morenza

*Instituto de Investigaciones
Literarias*

Para María Eugenia Martínez

Nos reservamos derecho de admisión

Podría afirmarse, categóricamente, que hay una especie de antropología de los bajos fondos dentro de los espacios que rigen el universo secreto de la literatura. Esta curiosa antropología del imaginario cotidiano, en el cual se mueven artistas, músicos y escritores, constituye uno de los aspectos menos abordados en lo que respecta a la reconstrucción simbólica de ciertos ámbitos preferidos por aquéllos. Desde que la literatura existe, se han creado lugares y sitios especiales en donde tienen cabida exaltaciones, celebraciones y rituales que se apartan considerablemente de estos espacios más higiénicos e inofensivos, como las academias y las capillas literarias.

Juan Carlos Santaella

Las vueltas del laberinto

Si alguna vez Alfonso Reyes dijo que escribía con las dos puntas del lápiz, ciertamente pudiéramos sostener que los escritores venezolanos escriben con el pico de las botellas de cerveza. El añejamiento de una legión considerable de nuestra literatura se ha ejercitado más en las tascas que en las bibliotecas: no se podía esperar un resultado lejano para un país que es campeón mundial de consumo de whisky y alcanzó un envidiable récord Guinness de felicidad en 2007. Nunca hemos participado en un mundial de fútbol y nuestros logros deportivos son escasos. Quizá drenemos nuestros afanes con competencias del espíritu o bebidas que lo alteren.

De ningún modo es un dislate afirmar que los venezolanos estemos, por costumbre, menos vinculados a una guacamaya bandera que a un animal como el oso polar, especie casi mitológica para nuestras temperaturas tropicales y que muy probablemente nunca veremos. El oso polar está reproducido por millones en la estampa de la marca de cerveza más consumida en el país: pareciera una reminiscencia de aquella carta que le escribiera Chéjov a su hermano, aconsejándole que para calmar la obsesión de ver osos polares por todos lados, se refugiara en un rincón de su casa y tratara de no pensar. Aquí, sin llegar a ser obsesivos, vemos osos polares en cada esquina gracias a la invasión publicitaria.

El licor, más que vicio o pose, refleja la esencia de muchos de nuestros escritores que, antes de ser conocidos y reconocidos, son borrachos anónimos. Los bares son una alcabala ineludible, una pasantía obligatoria, por la que aquel aspirante a un lugar en nuestras letras debe pasar. Las estadísticas hablan por sí solas. En estas páginas hablaremos de un grueso de narraciones cuyos parámetros están destilados en alcohol. El aliento de sus personajes emana ron y otras espesuras etílicas. Por lo tanto, me reservo en este ensayo el derecho de admisión de no aceptarme referencias sobre relatos abstemios.

Juan Carlos Santaella (1998) refiere que los escritores “se han refugiado en zonas y en ámbitos específicos”: [...] “Tabernas, bares y cafés constituyen un escenario resplandeciente, fulgurante y rico en posibilidades expresivas, cuyos efectos dieron lugar a magníficos estallidos de imaginación” (1998: 113). Una tasca puede considerarse una variante religiosa, en la que se dosifican credos con la parsimonia gradual que ofrecen unos tragos. Allí se bebe y se transforma, o se transforma para beber. En el rito del bar, cuando ya se es sumiso, la lucidez hace que el pensamiento estalle, que se brinde (en todas las interpretaciones que este verbo convoque) a la palabra. La ensayista Nenúfar Colmenares (2009) resume en unas cuantas líneas lo que es en esencia un rito y lo define como “una práctica periódica que concentra una fuerza de orden cósmico y mental, donde converge una serie de elementos naturales, sociales, culturales y religiosos” (2009: 26-27).

Es poco probable encontrar espacios de nuestra literatura donde el alcohol no haya podido vencer: desde los más triviales y tribales, como los bautizos de libros y recitales poéticos, hasta la soledad encajonada de una habitación en la que suena un teclado: es común que el abecedario martillado esté cercanamente acompañado de algún licor, lo que se establecería como un inusitado homenaje al paralelismo que ha tenido la humanidad con la embriaguez, a la diestra del escritor la botella, al frente el teclado.

Carlos Salem (2009), autor de los principios de la cerveza-ficción, sostiene que “[n]o es el efecto del alcohol el que impulsa las narraciones, aunque en muchos casos las aceita, les presta agilidad a sus ruedas pequeñas e indecisas” (2009: 10), y más adelante añade: “No debe confundirse el papel optativo pero recomendable del alcohol (...) con el verdadero motor de las historias; es un medio y no un fin en sí, forma parte de la tinta pero nunca es el papel del relato” (2009: 11). Por su parte, Santaella (1998) determinará que “hay una estética y hay una ética de estos oscuros lugares amparados por la complicidad nocturna, sostenidos por la fuerza de unos seres que pretenden llevar hasta sus límites, la experiencia lúcida del hecho imaginario” (1998: 113). Estas palabras inevitablemente nos enlazan al tercer principio de la cerveza ficción de Salem (2009): “Aunque no todo acabe en un bar, debe comenzar en un bar o referirse a un bar aunque sea en el recuerdo” (2009: 12).

En el mínimo grupo de los escritores, los habrá quienes prefieran un anaquel abarrotado de libros, otros abarrotados de botellas, unos que prefieran la trilogía de Javier Marías, *Tu rostro mañana*, y otros compartir una santísima trinidad como White, Blue y Red Label.

Tomaré en cuenta el bar como templo para la eucaristía del alcohol. Visto esto, presentaré a una comunidad de personajes que adoran la bebida y que de algún modo son modificados, alterados por ella, para bien, para mal, para la desventura y para la suerte, para despertar a la ciudad desde el rincón más oscuro, despertarla con un alarido perfecto como el de Katsimbalis de Henry Miller (1969), borracho de vino y poesía.



Mario Morenza minutos antes de entrar a hacer su exposición sobre la cerveza-ficción

Mesa 1: muerte por alcohol

Alguna vez Cortázar anunció su teoría sobre las novelas y los cuentos, afirmando que las primeras deberían ganar por puntos y el cuento por nocaut. Los relatos que convocamos para esta sección se imponen por grados etílicos. Y sus consecuencias son devastadoras. La anulación con la muerte, con el agua poseída, con esa agua transgredida en su naturaleza. Es el agua la que invade el alma de quien la consume, y exhorta a la imaginación a sucumbir en sus declives y mareas astutas que estremecen el carácter, que nos deshacen el sentido de individuo que sostenemos “plenamente” en un estado de vigilia, de alerta. Al respecto, Gastón Bachelard (1993) diría que

el agua es el elemento más favorable para ilustrar los temas de combinación de los poderes. (...) Recibe con igual facilidad materias contrarias, el azúcar y la sal. Se impregna de todos los colores, de todos los sabores, de todos los olores. (...) el fenómeno de la disolución de los sólidos en el agua (...) es la química de los poetas (1993: 145).

El agua nos transforma. En “Los abismos del mar” y “Aguas perdidas, aguas encontradas” de Miguel Gomes y Roberto Martínez Bachrich, respectivamente, los cuerpos de sus personajes asumen la sustancia que altera la composición del agua, y esta, en reacción, los conmueve y perturba. De esas aguas emergen siendo otros, y este cambio se multiplica si un agua ya alterada se agita dentro de ellos, un agua etílica, y ciertamente es así: Tom Viera se precipita hacia el abismo de mar, casi muere ahogado. Cuando logra salir a flote, es otro Tom Viera. El personaje de Martínez Bachrich se desata de los nudos de las furiosas olas que lo revuelcan y, apenas logra colocar sus pies en la arena, comprueba que ya no debe ser el mismo de antes. Cuando el agua es capaz de tramar una emboscada los resultados suelen ser estos.

Otra emboscada etílica acontece en “El primero... pa’ los muertos”, de Rubén Darío Jaimes de su libro *Por el aroma yo lo sé* (2009). En este cuento, Juan Pablo, un viejo taxista, condiciona su coraje al octanaje de whisky ingerido. Ve en cada rincón de una Caracas anochecida un vestigio de su pasado, el amor ya ido, los amigos que no están. Las calles se vuelven una penitencia de ásperos recuerdos. Mantiene sus manos firmes al volante y a un reproductor que le llena el carro de sonidos caribeños, de Fania All Star, que aplaca esas deudas con la eficacia de un paliativo, esa nostalgia de lo no concretado, de los que nunca terminaron nada. Cuando regresa a casa es emboscado por unos maleantes. No es un asalto, tampoco un secuestro. Los cabezones, nombre de la banda, necesitan de él y Juan Pablo, con la impotencia acumulada de años, se deja someter fácilmente. La amabilidad de sus pasajeros le sorprende. Cree descifrar en las risas intolerables la consumación de un plan de mal pronóstico para él. También piensa en arriesgarse,

El Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV en pleno participó en la Semana del Licenciado en Idiomas



y escucha las voces de siempre desde algún punto de su memoria que lo tientan a acelerar y precipitarse hacia el Guaire (esas aguas oscuras, contaminadas) con ellos de tripulantes. El Chivo, el líder de la banda, le aborda y se hace, más que su copiloto, su acompañante. Se relaciona con él a través de esa tenue intimidad que solo es capaz de aportar los gustos etílicos. Rubén Darío Jaimes describe esa pintura con esta precisa frase:

Juan Pablo fue despojándose de sus creencias a medida que aceleraba el automóvil; caían por la ventanilla una a una, como si fueran latas vacías (2009: 93).

Y así continuará el viaje hasta que destapen la segunda botella de whisky. El Chivo garantiza el regreso de Juan Pablo y la carrera de vuelta a casa con un fajo de billetes que promete duplicarse. Cuando el taxista regresa Los cabezones han sido víctimas de una emboscada y se retuercen entre la sangre y sus imprecaciones.

La muerte es el peaje que se traza en “Colores santos”, de José Roberto Duque, cuyo escenario es uno de nuestros grandes vicios, o entretenimientos, el hipismo. El alcohol fluye con prudencia entre las imágenes del relato hasta que se hace corpóreo en los destinos de los personajes. Los episodios inmediatos al nacimiento de Arco Secreto, o El Ofidio, nombre oficial del caballo, son descritos con un cariz ritual:

Pero en ese momento sabía a sangre llamarte alazán porque aún eras un temblor humeante, un cuerpo lleno de espasmos y de fluidos; descubrirías el mundo con la actitud de quien viene de una borrachera, de una profundidad abisal o del reino de los muertos” (Duque, 2007: 15).

En “Colores santos”, Duque despliega un arco secreto etílico desde ese momento de luz animal hasta el lúgubre episodio que vive Gustavo Díaz Solar, cuando vigilaba, con austeridad, al valioso caballo y es asaltado con un certero y decisivo golpe que lo arrastra hasta la inconciencia. Despierta con unos harapos que apenas cubren su desnudez, impregnado de licor: la puesta en escena de un borracho de calle, anónimo, con la vida gangrenada. Supone que está a kilómetros del hipódromo y le es imposible llegar en poco tiempo, y menos con una indumentaria como la que llevaba puesta. “Me dirigí entonces a un bar, un destrozado y maloliente bar: el único sitio en el que podían permitirme la entrada. Sobre las cabezas vaporosas y llenas de aceite palpitaba un televisor” (Duque, 2007: 27). Es allí donde observa, desde lejos y por última vez, a Arco Secreto.

En paralelo a la historia que relaciona al narrador con el caballo está la historia que el narrador y protagonista de “Colores santos” mantiene o trata de mantener con Aguamarina, la alcohólica hija del Criador. Aquí vemos cómo Duque juega con el elemento del agua de forma onomástica. Tenemos dos aguas, la primera hecha nombre y sal, la segunda, líquido y

Mario Morenza
durante el brindis
de bienvenida
a los invitados
internacionales



alcohol, que al unirse, desatan una reacción. El trueno en un alma, que lleva a desmembrar el cuerpo de la joven Aguamarina en un accidente de tránsito. Uno de los párrafos mejor logrados del cuento explica y comprueba el estado y la dependencia por las mareas étlicas que padece la joven:

Pensé que me había dado demasiada información para ser una primera salida con un desconocido, pero después de las hamburguesas fuimos a un bar en Altamira y entonces comprendí que me equivocaba: me había dado muy poca información. Diez o doce cervezas: había perdido la virginidad a los catorce, con un primo muy tierno que aún le escribía desde Italia; fue en la hacienda de su papá, escondidos en una cabaña lejana. Su mejor amiga era la amante de un general que dentro de poco iba a ser Ministro de Defensa. Un profesor de la universidad la acosaba todo el tiempo y ella a lo mejor aceptaba algo porque el sujeto era atractivo. Cinco cervezas en otro bar: en realidad no fue un primo quien la estrenó sexualmente sino un viejo asqueroso, ex amigo de su padre, y no era en verdad que le escribiera desde Italia, estaba en la cárcel y su padre hacía lo posible porque no saliera nunca de allí. Pero sí ocurrió en una cabaña perdida, cuando ella tenía 14 años. Su madre no había muerto, la había abandonado cuando niña y no quería saber nada de ella. Una botella de whisky en el carro, en el Mirador de la Cota Mil; ya se había acostado con el profesor universitario y fue ella quien se lo propuso a cambio del examen final de una materia terriblemente difícil. En cuanto a su amiga, a su amante le faltaban siglos para ser ministro pues era un sargento de la Guardia Nacional que después de embarazarla, había desaparecido (Duque, 2007: 20).

El autor lee su ponencia sobre los grados étlicos de la literatura venezolana



Juan Cruz Cruz (1990) diría que “si el vino es el gran acompañante de todas las culturas, también es cierto que en ellas está su ‘efecto máximo’ —la embriaguez—” (1990: 29). Aguamarina lo asume como su aliado, se lía a él, se acopla a él, hasta que ese efecto máximo hace corto circuito, la hace desmembrarse en un choque atroz. Muerte por alcohol. Aguamarina abusa de esa compañía y se ahoga en ella. El alcohol, que para algunos ayuda a desinhibir el pensamiento agrio de la muerte, en este caso ha de atar al personaje a ese desenlace, de por sí, esperado.

Por su parte, Juan Carlos Méndez Guédez (2009) hace una representación de cómo el alcohol y la muerte pueden apuntar hacia otras aristas, hacia la comprensión de la muerte a través de la vía alcohólica, a través del añejamiento de un desarraigo profundo. En “Aires y repliegues” se cuenta la historia de un joven que añeja un pesar desde su época de liceísta. Este relato comienza empujando el verbo: “Conocerás esta historia dentro de diez años, cuando una tarde flácida respire su aire ceniciento sobre los vidrios del balcón y en nuestras manos repose un vaso inundado con el recuerdo del whisky” (2009: 63). En sus páginas

se incuban emociones impulsadas por el alcohol, aquella sensación de derrota al saber que la mujer deseada, también alcoholizada, “se deja hacer”, por un compañero de curso, luego de que el protagonista iniciara su acercamiento a su compañera de clases: “Poco a poco el ron irá creciendo como una pesadez de azogue sobre mis párpados. Sentiré que es el momento preciso para acercarme” (2009: 65). La desazón de ese primer momento, ese sentimiento de derrota se fermentará por diez años; el protagonista la define como su “primer contacto con una fibra profunda del dolor, con un insomnio inadjetivable, con una primera conciencia de la muerte” (2009: 66). Transcurrirá una década. El personaje confiesa:

Y por eso repaso junto a ti las fórmulas químicas del ejercicio que estamos experimentando, mientras aguardo la fiesta porque de algún modo sé que en medio de ella me espera un rastro fundamental de la existencia. (...) Me dices que deseas un cigarro. Esa será la frase que pronunciarás dentro de diez años cuando coincidamos en una reunión, y totalmente ebrio, te cuente, con el idéntico desgarramiento de aquel día, como desde el fondo de algunos tragos de whisky o ron, se repite la tersura vencida de aquel muslo moreno, de aquella breve cadena de oro tintineando sobre la delgadez exacta de un tobillo (2008: 66-67).

Observamos el alcohol como vaso comunicante entre la memoria, y sus gestos, pero, por otro lado, como una letal aleación de muerte: combinar nuestras aguas corporales, con el agua alcohólica, en algunos casos provocaría una inevitable reacción química, un estallido de la conciencia, y el descontrol, el caos absoluto maniobrará la mente a su antojo.

En el relato “Un tal William” de Fedosy Santaella encontramos a un sujeto de rasgos andinos, evangélico, incapaz de matar una mosca, que es contratado para llevar a cabo un crimen, un ajuste de cuentas. Todo comienza en una fiesta a todo dar donde abunda el whisky 18 años. Cuando se pone al tanto a los aduladores del anfitrión de que William será el encargado de perpetrar el asesinato, comienzan las burlas contra él. El anfitrión, al volver a la mesa después de recargar el vaso, halla a William más disminuido aún, mientras los demás ríen como hienas:

—Rosendo, el hombre aquí dice que no toma —dijo el Pepo.
 —¿Que no toma?
 —Sí, que él no se deja tentar por el demonio del alcohol —precisó Caraemuerto (Santaella, 2008: 29, 30).

Las burlas seguirían alrededor de William. Hasta que llega el momento de cumplir con su trabajo. Sentado en la barra de un restaurante, luego de pedir unos cuantos jugos inofensivos, le revela a Ramirito, el barman, su complicada historia:



Mario Morenza, der.,
 se prepara para su
 ponencia. Lo acompañan
 Edgardo Malaver y María
 del Rosario Jiménez



Al centro, Mario Morenza, escucha la conversación entre María del Rosario Jiménez y Edgardo Malaver. A la izq., Ángel Gustavo Infante

—Hace muchos años yo me dejé tentar por el Maligno — dijo sin mirarlo a los ojos—. Yo no pertenecía al mundo de los hombres, hermano. Yo iba por ahí, haciendo el mal. Hasta que una noche que andaba totalmente ebrio, una luz me golpeó en la cara y me dejó inconsciente. Cuando abrí los ojos, estaba en un cuarto ajeno, sobre una cama que no era la mía. Busqué la cacha de mi pistola que debía estar sobre mi abdomen, debajo de la camisa, pero no la encontré. Di un brinco y ahí fue cuando lo vi.

Era un viejo con el cabello engominado y la cara flaca y llena de huecos, con la típica pinta de borracho recién bañado. Estaba sentado en un taburete y me mostraba una sonrisa buena, como de santo, y en sus ojos había algo que me hizo sentir tranquilo. Se llamaba Remigio y era pastor evangélico. Él fue mi salvador, el que me puso en contacto con Jesús (2007: 42).

De un misticismo agobiante saltó, en menos de una noche, a otra variante de la fe, ambas extremas, y de algún modo, ambas nocivas. Se involucran en la rutina, en el ocio, en los hábitos. Te hacen otra persona. William le confesaría al barman:

Al día siguiente, por encima de las brumas del alcohol, más allá de los golpes de la culpa y de las cuchilladas del dolor, una revelación estalló en su alma. Finalmente entendía que la bebida era su verdadera perdición. El demonio del alcohol lo convertía en un asesino, en un bicho del infierno (Santaella, 2007: 43).

Así es que William, con cinco tragos de vodka puro en el estómago, vuelve a sus pasadas costumbres. Con suprema eficacia arremete contra sus objetivos. Labra un trabajo perfecto y sangriento conducido por la bruma de la embriaguez.

Para finalizar, quiero mencionar un relato de Oscar Marcano: “Bolsas de agua”, perteneciente al volumen *Solo espero que amanezca* (2006). Llama la atención que de los 21 cuentos de este libro, alrededor de un 40 por ciento ocurre, transcurre o concluye en un bar. En todos ellos se tienden las palabras que Federico Nietzsche dice:

En la embriaguez dionisiaca, en el impetuoso recorrido de todas las escalas anímicas durante las excitaciones narcóticas, (...) la naturaleza se manifiesta en su fuerza más alta: vuelve a juntar a los individuos y los hace sentirse como una sola cosa (párr. 4).

En “Bolsas de agua” se escenifica una comunión entre los hombres. Una alianza febril hilada por el licor. En otro punto de su ensayo, Nietzsche añade que las “fiestas de Dionosio no solo establecen un pacto entre los hombres, también reconcilian al ser humano con la naturaleza” (párr. 3).

Sin embargo, en estas fiestas, la mayoría, por no decir todas, se escandaliza la individualidad, a tal punto de que estar ebrio es sinónimo de ser el centro del universo:

cuando todo gira alrededor del personaje, el autor no pretende solamente metaforizar que su personaje está en las tenues nubes de la embriaguez; también desea involucrarlo a parte de un cosmos centrífugo, pues todo da vueltas alrededor de él. Esto nos lo esclarecen las palabras de Juan Cruz Cruz. Este autor nos habla de esa comunión, de ese pacto entre los hombres que es mediado por el más efectivo diplomático de la humanidad, el alcohol:

No solo se rompen los límites de la individualidad, sino que el individuo mismo queda incluido en una vida más amplia y englobante. Primero en la alianza del hombre con el hombre. Segundo, en la concordancia del hombre con la naturaleza (Cruz Cruz, 1990: 37).

“Bolsas de agua”, aunque se inicia con un pleito pasional es un relato sobre el regreso a las moradas, aunque estas sean tan hostiles como los bares donde se exprimen esas sustancias de la memoria que uno debe olvidar. También es un relato que transpira lo que he sostenido desde las primeras páginas de este ensayo: la combinación de las aguas: “No sé si pedirte que no nos dejes caer en la tentación. Después de todo, no somos más que unidades de carbono, bolsas de agua que pasarán” (1990: 161). El ser humano como cuerpo de agua, que absorbe esa agua química que altera, se convierte en un laboratorio orgánico en constante combustión. Sin embargo, es un cuento en que esa combustión no asesina ni hiere a nadie con palabras: se busca la redención con gestos humanos. El fin último de cualquier religión el arcano íntimo, secreto, del alcohol.

La cuenta bibliográfica

- Bachelard, G. (1993). *El agua y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Colmenares, N. (2009). *Brillo póstumo. Lo religioso en Tarkovski*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cruz Cruz, J. (1990). *Anuario filosófico*, Vol. 23, N 2. pp. 29-50.
- Duque, J.R. (2007). “Colores santos”. En *Tatuajes de ciudad* (pp. 15-27). Caracas: Sacven.
- Gomes, M. (2008). *Viudos, sirenas y libertinos*. Caracas: Equinoccio.
- Jaimes, R.D. (2009). *Por el aroma yo lo sé*. Caracas: Editorial Equinoccio.
- Marcano, O. (2006). *Sólo espero que amanezca*. Caracas: Seix Barral.
- Martínez Bachrich, R. (2006). “Aguas perdidas, aguas encontradas”. En Torres, Ana Teresa y Torres, Héctor (comps.) *De la urbe al orbe* (pp. 139-149). Caracas: Alfadil.
- Méndez Guédez, J.C. (2009) *La bicicleta de Bruno y otros cuentos* (antología 1990-2008). Barcelona: Bruguera.
- Miller, H. (1969). *El coloso de Marusi*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Nietzsche, F. (2011). “La visión dionisiaca del mundo”. [Artículo en línea]. Recuperado el 12 de junio de 2011. <http://www.temakel.com/texfilonietzschea.htm>.
- Salem, C. (2009). “Apuntes para una teoría de la cerveza-ficción”. En *Yo lloré con Terminator 2*. Argentina: Escalera.
- Santaella, F. (2008). *Piedras lunares*. Caracas: Ediciones B.
- Santaella, J.C. (1998). *Las vueltas del laberinto*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.